

UN VIERNES CUALQUIERA

CRISTINA DE LLANO VARELA

ESCRITORA

-Más allá hay un tío durmiendo en la arena. ¿Vamos a vacilarle?
-Pero, ¿por qué vamos a meternos con él?
-Para divertirnos, tío.

La historia de Carlos, un chico que quiere ser "como los demás": tener amigos, novia, salir... Pero entre los muchos caminos para conseguirlo no siempre elige el más adecuado. Una propuesta para acercar al aula y a los hogares situaciones de la calle.

A Carlos, lo que más le gustaba de su nueva ciudad era la playa. Lo que más le gustaba de su nueva casa era que por fin tenía una habitación para él solo, sin compartirla con su hermano pequeño. Lo que más le gustaba de su nuevo colegio era que estaba frente a la playa. Y lo que más le gustaba de su clase era una chica, a la que todos llamaban Make, y que le volvía loco.

Make no le hacía mucho caso, como tampoco el resto de los chicos de la clase. Cuando empezó el curso, Carlos creyó que le resultaría fácil hacer amigos, pero ahora se encontraba con que su pasado en un colegio extranjero, la disciplina a la que allí le habían acostumbrado y su pasión por el estudio, eran causa de impopularidad entre sus compañeros. Carlos, a sus quince años, percibió el rechazo ya en la primera semana del curso, pero se dijo que eso duraría poco, sólo el tiempo en que tardasen en conocerse. Sin embargo, el trimestre avanzaba y las cosas no marchaban bien. Carlos no armaba bulla, no participaba de las burlas a los profesores, no faltaba a clase, hacía todos los trabajos y preparaba todas las clases. Y el hecho de haber sacado las notas más altas de la clase, de parecer que los profesores, cuando explicaban, lo hacían sólo para él, y de ponerle de ejemplo delante de los compañeros, estaba empeorándolo todo. Make le miraba por encima del hombro, apenas le contestaba con monosílabos cuando él le dirigía la palabra y la había descubierto más de una vez riéndose con los demás mientras le miraban. Decidido a cambiar todo esto y a conseguir que le aceptaran, Carlos comenzó a intentar comportarse como ellos. Se lo había oído muchas veces a su madre: "A donde fueras, haz lo que vieras".

Cuando a la amistad se le ponen condiciones... Cuando el pertenecer o no al grupo se vuelve motivo de exclusión... Cuando la diversión necesita de la violencia... Entonces entran en crisis la amistad, la justicia y la libertad.

VALORES



Pasaron varias semanas y el primero en quejarse fue su tutor:

- ¿Qué te pasa, Carlos? Antes no faltabas a las clases.

¿Cómo decirle que se iba a la playa, al rincón más alejado, entre las rocas, con algunos de clase, entre los que estaba Make, cuando debía estar en clase de Inglés, de Lengua, de Mates...? Carlos ponía cara de compromiso, se inventaba cualquier cosa, y sabía, al marcharse, que no había convenido a su tutor.

Así que lo irremediable llegó: un interrogatorio en su casa a la hora de cenar. Su madre sería, su hermano con cara de estar disfrutando, porque hasta entonces siempre se había llevado él todas las broncas, y su padre poniéndole en apuros con cada pregunta. Carlos no estaba acostumbrado a enfrentarse a sus padres porque era, según sus mismos padres afirmaban, el hijo modelo. Por eso todo resultó un desastre: no encontraba explicaciones ni mentiras creíbles, se trababa al hablar, sudaba, sabía que estaba colorado y que todo él era la viva imagen de la culpabilidad.

"¿Y por qué tengo que sentirme culpable por ser como los demás chicos?", se preguntó lleno de rabia. "¿Es que acaso mis padres me preguntaron en algún momento si me gustaba el nuevo colegio, si estaba a gusto, si era feliz, si tenía amigos?"

- Por lo visto, andas en compañías poco recomendables - estaba diciendo su padre.

Carlos se sintió furioso. Miró a su hermano con rabia. "¿Acaso éste se dedica a espiarme en el colegio?". "¿Make poco recomendable?". "¿Antón, que por fin le había invitado ese viernes por la noche a ir con ellos?" Ahora tenía amigos y ahora Make le hablaba, le buscaba y se reía con él.

- ¡Eso os lo ha dicho Martínez y él no sabe nada! - se defendió Carlos.

- Tu tutor sólo nos advirtió de que tu rendimiento y tus calificaciones han bajado muchísimo.

- No queremos que sigas con esos chicos, ¿está claro? -añadió su padre.

"¿Qué derecho tienen a meterse en mi vida?"

- ¡Son mis amigos! ¡No voy a dejar de estar con ellos!

Era la una y media de la noche. Carlos nunca había estado hasta tan tarde fuera de casa. Mejor. Ya no era un niño al que prohibir u ordenar las cosas y al que espiar como si fuera un mal bicho.

- ¡Carlos! -exclamó su madre sorprendida y enfadada -¡A tu padre no le levantas la voz!

- Mientras vivas en esta casa harás lo que te digamos. Para hacer lo que quieras tendrás que esperar a tener tu propia casa, ¿está claro?

"Como el agua" Bajó la cabeza. Haría lo que le diera la gana y si a sus padres no les gustaba su vida, no tenía más que dejarles aparte de ella y no contarles nada.

Al día siguiente, viernes, llegó al colegio más decidido e ilusionado que nunca. Se sentó al lado de Make y se juró que de ese día no pasaba el preguntarle si quería salir con él. A Carlos se le daba bien el dibujo y durante las clases de la mañana se dedicó a dibujar caricaturas de los profesores para pasárselas a Make. Los dos reían con complicidad. En uno de los cambios de hora se le acercó Antón, intrigado, y poco después las caricaturas estaban circulando entre toda la clase. Carlos se sentía bien. En la hora de gimnasia desplegó más energía que nunca y al acabar la mañana le preguntó a Antón dónde quedaban para esa noche y cuál era el plan.

- Nada, lo de siempre. Unas botellas y a la playa.

- Vente abrigado - le dijo Make con su mejor sonrisa.

A Carlos le latía el corazón a toda velocidad.

- Oye - le dijo -, ¿por qué no quedamos tú y yo un poco antes y me ayudas a comprar?

- Vale.

Hacía frío esa noche. El cielo estaba despejado, brillaban las estrellas y el viento que venía del mar se les colaba por los cuellos de los cazadores y enrojecía sus orejas. Combatían el frío bebiendo y bailando. Se reían por todo y eran felices. Carlos sobre todo: Make le había dicho que sí.

Era la una y media de la noche. Carlos nunca había estado hasta tan tarde fuera de casa. Mejor. Ya no era un niño al que prohibir u ordenar las cosas y al que espiar como si fuera un mal bicho. Tenía amigos y tenía novia. Ya había besado varias veces a Make, sus primeros besos de adulto. Y además estaba bebiendo y fumando y pasándose genial. Se sentía bien, suelto, alegre..., se sentía uno más. Ya no le importaba nada que en su casa vieran su habitación vacía. Ya no le importaban nada ni la preocupación de sus padres ni las broncas.

Por el paseo marítimo que discurría pegado a la playa pasaban algunas personas: unos que salían de una fiesta, otros que iban a otro lado... Y se oían los coches que circulaban por la avenida próxima. Era un viernes cualquiera.

Entonces Antón dijo algo. A Carlos le costó trabajo entenderle. Tenía como los oídos taponados, como un zumbido dentro de ellos. "Será el frío, o el viento. O la felicidad."

- ¿Qué dijo? - le preguntó a Make.

- Que más allá hay un tío durmiendo en la arena.

- Ah.

- ¿Qué? - preguntó Antón. - ¿Vamos a vacilarle?

Carlos creyó que no había entendido bien. Era imposible lo que había oído. Pero Antón lo repitió. Make soltó una risita nerviosa.

- Oye, tío, que hay demasiada luz - dijo Santi. Las farolas del paseo iluminaban a trechos la playa.

Carlos no daba crédito. De repente se sentía despejado, pero las piernas le empezaban a temblar.

- Pero, ¿por qué vamos a meternos con él? - objetó.

- Para divertirnos, tío - contestó Antón iniciando la marcha hacia el hombre. - ¿Qué, vamos?

- ¿Estás seguro de que no nos van a ver? - insistió Santi.

- ¡Pero qué pringaos! - exclamó Manu. - ¡Vamos! Quique le dio un empujón a Santi.

- ¡Venga, tío! Seguro que está tan borracho que ni se entera.

Make se había acercado a Ana.

- Yo no voy - dijo Ana.

- Yo tampoco - añadió Make. Carlos sintió alivio.

- Joder, todas las tías sois iguales - dijo Antón.

- Mucho hablar y cuando llega la hora de la verdad os rajáis.

Make se adelantó.

- ¡Yo no me rajo! Es que...

- ¿Qué? - rió Antón. - No sabéis divertirnos.

Make se adelantó un poco más. Carlos quiso cogerle el brazo pero ella se soltó.

- ¡No tengo miedo! ¡Muy bien, vamos!

A Carlos apenas le sostenían las piernas.

- No, Make, no lo hagas.

- ¡Tú déjame en paz! ¿Vienes o no?

- Tienes que venir, ahora estás en esto - dijo Quique.

- Yo me largo - dijo Ana. - No tengo miedo, pero ese tío no nos hizo nada.

Antón y Quique cogieron arena y se la tiraron a la cara. Ana salió corriendo en dirección a las escaleras.

- ¡Ni te acerques más a nosotros! - le gritó Antón. Y añadió hacia los otros: - ¡Vamos!

Carlos fue el único que se quedó atrás.



- Si no vienes ahora no tienes nada que ver conmigo - le dijo Make a Carlos.

Carlos no sabía qué hacer. "Esto no está bien pero..." Les veía alejarse. Make... Sus amigos... "¿Cómo voy a soportar el curso después?" Sentía el estómago revuelto y ganas de vomitar. "El alcohol, mierda. Si vomito ahora no me vuelven a hablar". Corrió tras ellos y después se puso a empujar al hombre con los pies, como sus amigos. El hombre, que dormía envuelto en mantas, quiso levantarse, pero, sorprendido en el sueño y embotado por el alcohol, lo único que logró fue caer otra vez sobre la arena. Los chicos le empujaron de nuevo y el hombre comenzó a gemir a causa de las patadas y algún que otro golpe en la cabeza.

- Vamos a dejarlo ya, ¿no? - dijo Santi al cabo de unos minutos.

Make, muy nerviosa, perdió el control y empezó a llorar.

El hombre se movía y gemía queriendo levantarse, y empezó a levantar la voz. Entonces los chicos escaparon corriendo, cada uno por un lado. Carlos, muy apurado, no sabía lo que hacer. Sujetó fuertemente por la mano a Make y se la llevó consigo, corriendo lo más aprisa que podía, a las rocas. Allí se escondieron. No sabía si la sirena que oyeron pasar por la avenida sería por ellos o iría a otro lado.

"Menuda mierda..., la que me espera. Aquí hay más humedad que en un pozo. Pero, joder, quién se lo iba a imaginar."